

I N F I E R N O

A Nel mezzo del cammin di nostra vita
 E mi viderai per una selva oscura
 A che la dritta via era smarrita
 E Ah! quanto a dir qual era è cosa dura
 E questa selva selvaggia e aspra e fiera
 E che nel pensier rinnova la paura!
 E Tanto è amara, che poco è più paura
 E ma per trattar del ben ch'io vi ho
 E dirò dell'altre cose ch'io v'ho scorte.

CANTO PRIMO

PROEMIO GENERAL. — EL DESCAMINO, LA FALSA
 VEREDA Y EL SEGURO GUÍA.

A la mitad del viaje de nuestra vida me encontré en una selva oscura, por haberme apartado del camino recto. ¡Ah! Cuán penoso me sería decir lo salvaje, áspera y espesa que era esta selva, cuyo recuerdo renueva mi temor; temor tan triste, que la muerte no lo es tanto. Pero antes de hablar del bien que allí encontré, revelaré las demás cosas que he visto. No sabré decir fijamente cómo entré allí; tan adormecido estaba cuando abandoné el verdadero camino. Pero al llegar al pie de una cuesta, donde terminaba el valle que me había llenado de miedo el corazón, miré hacia arriba y vi su cima revestida ya de los rayos del planeta que nos guía con seguridad por todos los senderos. Entonces se calmó algún tanto el miedo que había permanecido en el lago de mi corazón durante la noche que pasé con tanta angustia; y del mismo modo que aquel que, saliendo hacia delante fuera del píelago, al llegar a la playa, se vuelve hacia las ondas peligrosas y las contempla, así mi espíritu, fugitivo aún, se volvió hacia atrás para mirar el trayecto de que no salió nunca nadie vivo. Después, cuando di algún reposo a mi fatigado cuerpo, continué subiendo por la solitaria cuesta, procurando afirmar siempre aquel de mis pies que estuviera más bajo. Al principio de la cuesta apareció seme una pantera ágil, de rápidos movimientos y cubierta de manchada piel. No se separaba de mi vista, sino que interceptaba de tal modo mi camino, que me volví muchas veces para retroceder. Era a tiempo que apuntaba el día y el Sol subía rodeado de aquellas estrellas que estaban con él cuando el Amor divino imprimió el primer movimiento a todas las bellas cosas de la creación. Hora y estación tan dulces me daban motivo para augurar bien la pintada piel de aquella fiera. Pero no tanto que no me infundiera

terror el aspecto de un león que a su vez se me apareció: figuróseme que venía contra mí, con la cabeza alta, y con un hambre tan rabiosa, que hasta el aire parecía temerle. Siguió a éste una loba que, en medio de su demacración, parecía cargada de deseos; loba que ha obligado a vivir miserable a mucha gente. El fuego que despedían sus ojos me causó tal turbación, que perdí la esperanza de llegar a la cima. Y así como al que se deleita en atesorar, que llegado el tiempo en que sufre una pérdida se entristece y la llora en todos sus pensamientos, así me sucedió con aquella inquieta fiera, que, viniendo a mi encuentro, poco a poco me repelía hacia donde el Sol se ^{ponía}. Mientras yo retrocedía hacia el valle, se presentó a mi vista uno que por su prolongado silencio parecía mudo. Cuando le vi en aquel gran desierto:

—Piedad de mí —le dije—, quienquiera que seas, sombra u hombre verdadero.

Respondiome:

—No soy ya hombre, pero lo he sido; mis padres fueron lombardos y ambos tuvieron a Mantua por patria. Nací "sub Julio", aunque algo tarde, y vi a Roma bajo el mando del buen Augusto en tiempo de los Dioses falsos y engañosos. Poeta fui, y canté a aquel justo hijo de Anquises, que volvió de Troya después del incendio de la soberbia Ilíon. Pero, ¿por qué te entregas de nuevo a tu aflicción? ¿Por qué no ascienes al delicioso monte, que es causa y principio de todo goce?

—¡Oh! ¿Eres tú aquel Virgilio, aquella fuente que derrama tan ancho raudal de elocuencia? —le respondí ruboroso—. ¡Ah!, ¡honor y antorcha de los demás poetas! Válgame para contigo el prolongado estudio y el grande amor con que he leído y meditado tu obra. Tú eres mi maestro y mi autor predilecto; tú solo eres aquel de quien he imitado el bello estilo que me ha dado tanto honor. Mirá esa fiera que me obliga a retroceder; librame de ella, famoso sabio, porque a su aspecto se estremecen mis venas y late con precipitación mi pulso.

—Te conviene seguir otra ruta —respondió al verme llorar— si quieres huir de este sitio salvaje; porque esa fiera que te hace prorrumpir en tales lamentaciones no deja pasar a nadie por su camino, sino que se opone a ello matando al que a tanto se atreve. Su instinto es tan malvado y cruel, que nunca ve satisfechos sus ambiciosos deseos, y después de comer tiene más hambre que antes. Muchos son los animales a quienes se une, y serán aun muchos más hasta que venga el Lebrejón y la haga morir entre dolores. Éste no se alimentará de tierra ni de peltre, sino de sabiduría, de amor y

¹ Can Grande della Scala, señor de Verona y bienhechor de Dante.

de virtud, y su patria estará entre Feltro y Feltro. Será la salvación de esta humilde Italia, por quien murieron de sus heridas la virgen Camila, Eurialo y Turno y Niso. Perseguiré a la loba de ciudad en ciudad hasta que la haya arrojado en el Infierno, de donde en otro tiempo la hizo salir la Envidia. Ahora, por tu bien, pienso y veo claramente que debes seguirme: yo seré tu guía y te sacaré de aquí para llevarte a un lugar eterno, donde oirás aullidos desesperados; verás los espíritus dolientes de los antiguos condenados, que llaman a gritos a la segunda muerte; verás también a los que están contentos entre las llamas, porque esperan, cuando llegue la ocasión, tener un puesto entre los bienaventurados. Si quieres, en seguida, subir hasta ellos, te acompañaré en este viaje un alma más digna que yo, y te dejaré con ella cuando yo parta; pues el Emperador que reina en las alturas no quiere que por mediación mía se entre en su ciudad, porque fui rebelde a su ley. Él impera en todas partes, y reina arriba; arriba está su ciudad y su alto solio. ¡Oh!, ¡feliz aquel a quien elige para habitar en su reino!

Y yo le contesté:

—Poeta, te requiero, por ese Dios a quien no has conocido, que me hagas huir de este mal y de otro peor; conducíme a donde has dicho, para que yo vea la puerta de San Pedro y a los que, según dices, están tan desolados. Entonces se puso en marcha, y yo seguí tras él.

CANTO SEGUNDO

PROEMIO DEL INFIERNO. — TERROR HUMANO Y CONFORTACIÓN DIVINA. — LAS TRES MUJERES BENDITAS.

El día terminaba; el aire de la noche invitaba a descansar de sus fatigas a los seres animados que existen sobre la tierra, y yo solo me preocupaba de sostener los combates del camino y de las cosas dignas de compasión, que mi memoria trazará sin equivocarse. ¡Oh Musasi, ¡oh alto ingenio!, venid en mi ayuda: ¡oh mente, que escribiste lo que vi!, ahora aparecerá tu nobleza.

Yo comencé:

—Poeta que me guías, mira si mi virtud es bastante fuerte antes de aventurarme en tan profundo pasaje. Tú dices que el padre de Silvio, aun corruptible, pasó al siglo inmortal, y pasó sensiblemente. Pero quizá el adversario de todo mal le fue favorable, pensando en los grandes efectos que de él debían sobrevenir: ¡qué gentes y qué clase de

CANTO TERCERO

LA PUERTA DEL INFIERNO, EL VESTIBULO DE LOS
IGNAVOS Y EL PASO DEL AQUERONTE.

"Por mí se va a la ciudad del llanto; por mí se va al eterno dolor; por mí se va hacia la raza condenada: la justicia animó a mi sublime arquitecto; me hizo la divina potestad, la suprema sabiduría y el primer amor. Antes que yo no hubo nada creado, a excepción de lo inmortal, y yo duro eternamente. ¡Oh vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza!"

Vi escritas estas palabras con caracteres negros en el dintel de una puerta, por lo cual exclamé:

—Maestro, el sentido de estas palabras me causa pena. Y él, como hombre lleno de prudencia, me contestó:

—Conviene abandonar aquí todo temor; conviene que aquí termine toda cobardía. Hemos llegado al lugar donde te he dicho que verías a la dolorida gente que ha perdido el bien de la inteligencia.

Y después de haber puesto su mano en la mía con rostro alegre, que me reanimó, me introdujo en medio de las cosas secretas. Allí, bajo un cielo sin estrellas, resonaban suspiros, quejas y profundos gemidos, de suerte que, apenas hube dado un paso, me puse a llorar. Diversas lenguas, horribles blasfemias, palabras de dolor, acentos de ira, voces altas y roncadas, acompañadas de palmadas, producían un tumulto que va rodando siempre por aquel espacio eternamente obscuro, como la arena impelida por un torbellino. Yo, que estaba horrorizado, dije:

—Maestro, ¿qué es lo que oigo, y qué gente es ésta, que parece dominada por el dolor?

Me respondió:

—Esta miserable suerte está reservada a las tristes almas de aquellos que vivieron sin merecer alabanzas ni vituperio: están confundidas entre el perverso coro de los ángeles que no fueron rebeldes ni fieles a Dios, sino que sólo vivieron para sí. El Cielo los lanzó de su seno por no ser menos hermoso; pero el profundo infierno no quiere recibirlos por la gloria que con ellos podrían reportar los demás culpables.

Y yo repuse:

—Maestro, ¿qué cruel dolor les hace lamentarse tanto? A lo que me contestó:

—Te lo diré brevemente. Estos no esperan morir; y su

No se analiza

GUARDA e PASSA

ceguedad es tanta, que se muestran envidiosos de cualquier otra suerte. El mundo no conserva ningún recuerdo suyo; la misericordia y la justicia los desdennan; pero no hablemos más de ellos, sino mirálos y pasa adelante.

Y yo, fijándome más, vi una bandera que iba ondeando tan de prisa, que parecía desdenosa del menor reposo: tras ella venía tanta muchedumbre, que no hubiera creído que la muerte destruyera tan gran número. Después de haber reconocido a algunos, miré más fijamente, y vi la sombra de aquel que por cobardía hizo la gran renuncia¹. Comprendí inmediatamente y adquirí la certeza de que aquella turba era la de los ruines que se hicieron desagradables a los ojos de Dios y a los de sus enemigos. Aquellos desgraciados, que no vivieron nunca, estaban desnudos, y eran molestados sin tregua por las picaduras de las moscas y de las avispas que por allí había; las cuales hacían correr por su rostro la sangre, que mezclada con sus lágrimas era recogida a sus pies por asquerosos gusanos.

Habiendo dirigido mis miradas a otra parte, vi nuevas almas a la orilla de un gran río, por lo cual dije:

—Maestro, dignate manifestarme por qué ley parecen éstos tan prontos a atravesar el río, según puedo ver a favor de esta débil claridad.

Y él me respondió:

—Te lo diré cuando pongamos nuestros pies sobre la triste orilla del Aqueronte.

Entonces, avergonzado y con los ojos bajos, temiendo que le disgustasen mis preguntas, me abstuve de hablar hasta que llegamos al río. En aquel momento vimos un anciano cubierto de canas, que se dirigía hacia nosotros en una barquichuela, gritando: "Ay de vosotros, almas perversas! No esperéis ver nunca el Cielo. Vengo para conducirlos a la otra orilla, donde reinan eternas nieblas, en medio del calor y del frío. Y tú, alma viva, que te presentas así, aléjate de entre esas que están muertas." Pero cuando vio que yo no me movía, dijo: "Llegarás a la playa por otra orilla, por otro puerto, mas no por aquí: para llevarte se necesita una barca más ligera".

Y mi guía le dijo:

—Carón, no te irrites. Así se ha dispuesto allí donde se pue todo lo que se quiere; y no preguntes más.

Entonces se aquietaron las velludas mejillas del barquero de las lividas lagunas, que tenía círculos de llamas alrededor de sus ojos. Pero aquellas almas, que estaban desnudas y fatigadas, no bien oyeron tan terribles palabras, cam-

¹ Según algunos comentaristas, éste debe de ser Esaú, que renunció a su derecho de primogenitura; según otros, Diocleciano, que abdicó el imperio; según Venturini, el papa Celestino V. y otros creen que el que hizo la gran renuncia es Pilatos.

biaron de color, rechinando los dientes, blasfemando de Dios, de sus padres, de la especie humana, del sitio y del día de su nacimiento, de la prole de su prole y de su descendencia; después se retiraron todas juntas, llorando fuertemente, hacia la orilla maldita en donde se espera a todo aquel que no teme a Dios. El demonio Carón, con ojos de acsuas, haciendo una señal, las fue reuniendo, golpeando con su remo a las que se rezagaban; y así como en otoño van cayendo las hojas una tras otra, hasta que las ramas han devuelto a la tierra todos sus despojos, del mismo modo la malvada raza de Adán se lanzaba una a una desde la orilla, a aquella señal, como pájaro que acude al reclamo. De esta suerte se fueron alejando por las negras ondas; pero antes de que hubieran saltado en la orilla opuesta, se reunió otra nueva muchedumbre en la que aquellas habían dejado.

—Hijo mío —me dijo el cortés Maestro—, los que mueren en la cólera de Dios acuden aquí de todos los países, y se apresuran a atravesar el río, espoleados de tal suerte por la Justicia divina, que su temor se convierte en deseo. Por aquí no pasa nunca un alma pura; por lo cual, si Carón se irrita contra ti, ya conoces ahora el motivo de sus desdénasas palabras.

Apenas hubo terminado, tembló tan fuertemente la sombría campiña, que el recuerdo del espanto que sentí aún me inunda la frente de sudor. De aquella tierra de lágrimas salió un viento que produjo rojizos relámpagos, haciéndome perder el sentido y caer como un hombre sorprendido por el sueño.

CANTO CUARTO

PRIMER CIRCULO: EL LIMBO. — NIÑOS INOCENTES,
PATRIARCAS Y HOMBRES ILUSTRES.

Interrumpió mi profundo sueño un trueno tan fuerte, que me estremecí como hombre a quien se despierta a la fuerza; me levanté, y dirigiendo una mirada en derredor mío, fijé la vista para reconocer el lugar donde me hallaba. Víme junto al borde del triste valle, abismo de dolor, en que resuenan infinitos ayes, confundidos como truenos. El abismo era tan profundo, oscuro y nebuloso, que en vano fijaba mis ojos en su fondo, pues no distinguía cosa alguna.

—Ahora descendamos allá abajo, al tenebroso mundo —me dijo el poeta, muy pálido—; yo iré el primero, tú el segundo. Yo, que había advertido su palidez, le respondí:

ayuda: basta o fragmento de materia interesante

—¿Cómo he de ir yo, si tú, que sueles desvanecer mis incertidumbres, te atemorizas?

Y él repuso:

—La angustia de los desgraciados que están ahí abajo refleja en mi rostro una piedad que tú tomas por terror. Vámonos, pues; que la longitud del camino exige que nos apresuremos.

Y sin decir más penetró y me hizo entrar en el primer círculo que rodea el abismo. Allí, según pude advertir, no se oían quejas, sino sólo suspiros, que hacían temblar la eterna bóveda, y que procedían de la pena sin tormento de una inmensa multitud de hombres, mujeres y niños. El buen Maestro me dijo:

—¿No me preguntas qué espíritus son los que estamos viendo? Quiero, pues, que sepas, antes de seguir adelante, que éstos no pecaron; y si contrajeron en su vida algunos méritos, no es bastante, pues no recibieron el agua del bautismo, que es la puerta de la Fe que forma tu creencia. Y si vivieron antes del cristianismo, no adoraron a Dios como debían; yo también soy uno de ellos. Por tal falta, y no por otra culpa, estamos condenados, consintiéndome una pena en vivir con el deseo sin esperanza.

Un gran dolor afligió mi corazón cuando oí esto, porque conocí personas de mucho valer que estaban suspensas en el Limbo.

—Dime, Maestro y señor mío —le pregunté para afirmarme más en esta Fe que triunfa de todo error—, ¿alguna de esas almas ha podido, bien por sus méritos o por los de otros, salir del Limbo y alcanzar la bienaventuranza?

Y él, que comprendió mis palabras encubiertas y oscuras, repuso:

—Yo era recién llegado a este sitio, cuando vi venir a un Ser poderoso, coronado con la señal de la victoria. Hizo salir de aquí el alma del primer Padre, y la de Abel su hijo, y la de Noé; la del legislador Moisés, la del obediente patriarca Abraham, y la del rey David; a Israel, con su padre y con sus hijos, y a Raquel, por quien aquél hizo tanto¹, y a otros muchos, a quienes otorgó la bienaventuranza; pues debes saber que, antes de ellos, no se salvaban las almas humanas.

Mientras así hablaba no dejábamos de andar; pero seguíamos atravesando siempre la selva, esto es, la selva que formaban los espíritus apiñados. Aún no estábamos muy lejos de la entrada del abismo, cuando vi un resplandor que triunfaba del hemisferio de las tinieblas; nos encontramos todavía a bastante distancia, pero no a tanta que no

¹ Se refiere a Jacob o Israel, que por casarse con Raquel sirvió al padre de ella catorce años.